

hacer la paz el que animaba á los indios. Varios grupos armados les salieron al encuentro, y á no ser por una escolta que les dió en Santa María un comisionado de Pat, acaso no hubieran llegado felizmente al término de su destino. Pero aquí les esperaba una nueva sorpresa, porque supieron que el caudillo del Sur no había bajado á Ticum, y que era necesario subir hasta Tzucacab para encontrarle. El cura Vela entró en consejo con sus compañeros, y después de haber escrito una carta al gobernador, en que le daba cuenta de este nuevo incidente, determinó continuar su marcha hasta alcanzar el objeto que llevaba. Los tres viajeros volvieron á ponerse en camino á las dos de la tarde, y salieron de Ticum atravesando entre una turba compacta de indios, casi todos armados, que ascendían á cerca de mil.

Cuatro horas después llegaron á Tzucacab, en cuyo pueblo encontraron formada una fuerza de dos mil quinientos hombres, que recibió con murmullos de desaprobación á los comisionados. Estos se apresuraron á pasar á la habitación de Jacinto Pat, quien los recibió con amabilidad y se sentó familiarmente con el cura en una hamaca. Entonces el valeroso eclesiástico tomó la palabra y comenzó á tratar del objeto de su misión, haciendo comprender al caudillo indio que él y su raza podían sacar grandes utilidades de un avenimiento justo y decoroso que en aquellas circunstancias celebraran con el gobierno. Jacinto Pat no oyó con desagrado esta insinuación, y se puso á discutir con su huésped los artículos que debía comprender el arreglo. El cura Vela pasó por casi todas las exigencias de su interlocutor, y la discusión terminó á las doce de la noche, habiéndose convenido en que al día siguiente se extendería por escrito el tratado para ser sometido á la aprobación de los capitanes. Entonces los comisionados se retiraron á descansar, aunque no pudieron dormir en toda la noche, porque los indios de la plaza, que habían interrumpido varias veces la discusión con gritos é improperios, intentaron

sublevarse hacia la madrugada, y hubo necesidad de que Jacinto Pat saliera á contenerlos (8).

Harto indicaban estas demostraciones cuán impopular era entre la masa de los sublevados la idea de celebrar la paz. El cura Vela no se desanimó, sin embargo, y al día siguiente procuró calmar á aquellas turbas predicándoles un sermón en la iglesia. En seguida excitó á Jacinto Pat á que reuniera á sus capitanes, é impuestos todos del objeto que había llevado á los comisionados á Tzucacab, firmaron con éstos un tratado que contenía en resumen los nueve artículos siguientes:

1.º Que quedaría abolida para siempre la contribución personal, así para el blanco como para el indio.

2.º Que sólo se pagarían tres reales por derecho de bautismo y diez por el casamiento.

3.º Que los indios pudiesen hacer sus sementeras y establecer sus ranchos en los ejidos de los pueblos, en las tierras de comunidad y en las baldías, sin pagar ningún arrendamiento.

4.º Que los sublevados conservarían las armas con que habían hecho la guerra, y que además les serían devueltas todas las que habían sido recogidas de orden de la administración anterior.

5.º Que D. Miguel Barbachano sería el gobernador vitalicio de Yucatán, en atención á que era el único en quien confiaban los indios que cumpliría el tratado.

6.º Que Jacinto Pat sería también por toda su vida el jefe ó gobernador de los indios.

7.º Que quedarían perdonadas las deudas que los indios hubiesen contraído en calidad de sirvientes.

(8) La mayor parte de los pormenores consignados en el texto, sobre los trabajos de la Comisión, están tomados del *Ensayo histórico* del Sr. BAQUEIRO, quien tuvo á la vista un diario del cura Vela. Los demás están tomados del periódico oficial.

8.º Que se abolirían en todo el Estado los derechos de destilación del aguardiente (9).

Mientras se extendía y firmaba en Tzucacab este extraño y ominoso tratado, acontecía en Tekax una escena que podía dar por sí sola la medida de la mala fe con que estaban procediendo los sublevados. Las grandes partidas de gente armada que los comisionados del gobierno habían encontrado en su camino, se presentaron al amanecer de aquel día frente á los atrincheramientos de la ciudad, con visibles intenciones de sitiarla. El general Llergo, que se hallaba en aquellos momentos en la plaza, adonde lo habían conducido los asuntos del servicio, no se atrevió á intentar la defensa, así porque no la creyó muy fácil, á causa de la montaña que domina la población, como porque temió que un choque de armas pudiese comprometer la existencia de los comisionados que se hallaban en Tzucacab. Pero no pudiendo tampoco permanecer allí á la expectativa, porque los indios podían acabar por aislarlo de la capital, se resolvió á desocupar la ciudad, como lo verificó aquella misma mañana, retirándose con sus fuerzas á Oxkutzcab y Ticul (10).

El cura Vela recibió la noticia de esta desocupación en los momentos en que se extendía el tratado; pero no habiendo variado en nada la resolución de Jacinto Pat y sus capitanes, se retiró en la tarde de Tzucacab, llevando en la faltriquera el fruto de sus trabajos y haciéndose la ilusión de que había prestado un gran servicio á su país. El mismo Pat y algunos de sus subalternos quisieron servirle de escolta en este viaje, y en la mañana del día siguiente llegaron á Tekax, donde más de dos mil indios borrachos se entregaban á todo género de desórdenes. Nadie, sin embargo,

(9) Periódico citado, número 42.

(10) Manifiesto que el Sr. Llergo dirigió á sus compatriotas en febrero de 1850.

se atrevió á ultrajar á los comisionados, los cuales, después de haber hecho un instante oración en la parroquia, continuaron su marcha para Ticul, en donde se había ya situado D. Miguel Barbachano, con objeto de poner fin á las negociaciones á la brevedad posible.

Los tratados de Tzucacab, como habrá observado el lector por el extracto que le hemos dado á conocer, no podían ser más humillantes para el gobierno. Es verdad que algunos de sus artículos podían y debían ser considerados como una reparación de los agravios hechos á los indios desde los tiempos de la conquista; pero otros eran ridículos, como los que se referían á la perpetuidad de Barbachano y Pat en el mando; no pocos envolvían la confesión que la raza civilizada hacía de su propia impotencia, y el último era una transacción indecorosa con el vicio. Ninguna de estas observaciones se ocultó sin duda al gobierno; pero tan crítica era la situación que atravesaba entonces la Península, tan halagadora la esperanza de que los indios del Oriente podían ser fácilmente dominados, si los del Sur deponían las armas, que el Sr. Barbachano cerró los ojos sobre todas las objeciones que podían hacerse á tan deshonesto tratado, y lo ratificó en unión de su secretario. Pocos días después, y como una especie de ratificación al tratado, el gobernador mandó á Jacinto Pat algunos regalos, entre los cuales se hallaba un bastón cuyo puño era de plata y una gran banda de raso blanco, en la cual se hallaban grabadas con letras de oro estas palabras: *Gran cacique de Yucatán*.

Es de creer que el caudillo indio del Sur hubiese celebrado de buena fe estos tratados, que halagaban su ambición y las miras políticas de que en otra parte hemos hablado; pero carecía realmente de los elementos necesarios para hacerlos respetar. En primer lugar, eran absolutamente impopulares entre las mismas fuerzas que se hallaban bajo sus inmediatas órdenes, como lo prueban el

hecho de haber asesinado á Manuel Ignacio Tuz (11), que fué uno de los interesados en su celebración, y la mala acogida que dispensaron en Tzucacab á los comisionados del gobierno. Pero el principal obstáculo que iba á encontrar en este asunto Jacinto Pat, debía provenir del feroz Cecilio Chi, cuya sed de sangre aun no acababa de saciarse. Luego que éste tuvo en el Oriente noticia de los convenios de Tzucacab, escribió al caudillo sureño una carta en que le reprochaba de cobarde y traidor, é hizo salir de Tinum dos expediciones: una con destino á la frontera de los blancos y otra á Tzucacab. La carta de su antiguo cofrade hizo temblar á Jacinto Pat, quien ya comprendía demasiado la falsa posición en que se había colocado, é inmediatamente puso una nota á D. Miguel Barbachano, reclamándole las armas á que tenía derecho en virtud del artículo 4.º del tratado. El Sr. Barbachano hizo recoger entonces un buen número de escopetas, que salieron de Ticul en varios carros, y que indudablemente habrían sido entregadas á los indios, á no haberlas detenido á tiempo un suceso inesperado (12).

La fuerza de Cecilio Chi, que había salido de Tinum con destino á nuestras fronteras, cayó repentinamente sobre el pueblo de Maní, cuyos habitantes vivían desprevenidos, por la confianza que tenían en los convenios de Tzucacab, y con cuyo motivo los invasores no encontraron ninguna clase de resistencia. Pudieron cebarse, pues, en aquella población indefensa, y además de haberla reducido á cenizas, asesinaron á más de doscientas personas en sus casas, en las calles y en el mismo templo (13). Un sacer-

(11) Periódico oficial, número 40.

(12) El general Llergo y otras muchas personas sensatas se opusieron constantemente á este envío de armas, fundándose en que más tarde serían utilizadas contra los mismos blancos, porque, á decir verdad, fueron muy pocos los que creyeron en la buena fe de los tratados de Tzucacab.

(13) LLERGO, manifiesto citado.

dote que pudo escapar casi desnudo de aquella horrible matanza, fué el primero que llevó á Oxkutzcab la triste noticia, en los momentos en que comenzaban á hacerla sospechar las columnas de humo que levantaba el incendio.

Por la misma época llegaba á Tzucacab la otra sección de fuerzas que había salido de Tinum. Jacinto Pat, á quien ya tenía sobre aviso la carta de Cecilio Chi, quiso saber el objeto que traía esta fuerza por medio del padre Mezo, su prisionero, á quien mandó á detenerla antes de que entrase á la población. Raimundo Chi, su jefe, hizo saber al comisionado que venía en nombre del caudillo del Oriente á pedir los tratados de Tzucacab y la banda y el bastón con que Jacinto Pat había sido obsequiado por los blancos. Pat no tuvo valor para oponerse á esta exigencia, acaso porque comprendió que no sería secundado por las mismas fuerzas que tenía bajo sus órdenes, y mandó decir al comisionado de Cecilio Chi que podía pasar á cumplir con la misión que le había impuesto su jefe. Entonces Raimundo Chi entró en Tzucacab, y luego que tuvo en sus manos los tratados, el bastón y la banda de gran cacique, los hizo pedazos en la plaza pública, ante sus fuerzas, que se hallaban en formación, y ante los mismos soldados de Pat, que estaban presentes en aquel lugar. En seguida se volvió al Oriente, llevando la seguridad de que el caudillo del Sur no volvería á pensar en celebrar un nuevo convenio con los blancos (14).

Rotos de hecho los tratados de Tzucacab con los dos sucesos que acabamos de referir, Jacinto Pat comenzó á hacer sus preparativos para emprender la campaña con nuevo vigor. Don Miguel Barbachano regresó á Mérida y el

(14) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo I, capítulo X.—El suceso referido en el texto fué escrito por este historiador en vista de una correspondencia de los mismos sublevados, que ha tenido ocasión de consultar.

general Llergo comenzó á dictar medidas enérgicas para evitar otra sorpresa como la de Maní. Hizo replegar á Ticul la guarnición de Oxkutzcab; aumentó su fuerza con la de los pueblos pequeños de la comarca, que fueron abandonados, y después de dejar las instrucciones necesarias para que aquella villa se sostuviese contra un ataque de los indios, que se consideraba ya inminente, se volvió con una escolta á la capital, donde las operaciones militares que tenían lugar en otros puntos del Estado reclamaban al mismo tiempo su atención.

CAPÍTULO VIII

1848

Sitian los indios á Ticul.—Rudos combates con los defensores de la plaza.— Importantes servicios que presta una columna situada en Sacalum á las órdenes de D. Pablo A. González.—Causas que obligan á D. Alberto Morales á desocupar á Ticul.—Operaciones militares en los partidos de la costa y del Oriente.—Sitilpech y Tzilam.—Asedio de Izamal.—Fuerzas situadas en Citalcum y Cacalchén, auxilian varias veces á aquella plaza importante.—La hace desocupar, sin embargo, el coronel Bello.—Causas de esta determinación.—Juicio del *Boletín oficial*.—Situación deplorable á que se ve reducida la Península.—Llega á desesperarse de su salvación.

Los indios no se hicieron aguardar por mucho tiempo en Ticul, donde se habían concentrado casi todas las fuerzas de la primera división, aumentadas con un cuerpo de 300 hombres que vino de Mérida al mando del coronel don José Dolores Cétina. Los sublevados se fueron aproximando paulatinamente, y aunque fueron batidos por las tropas del gobierno en los caminos de Jan y Oxkutzcab, en la tarde del 16 de abril se presentaron súbitamente en grandes masas alrededor de aquella villa, anunciándose con una gritería salvaje, que se dejaba oír en todas direcciones. Trabóse inmediatamente un reñido combate entre los agresores y los defensores de la plaza, y aunque la artillería hizo grandes estragos en las filas de los primeros, sobrevino la noche sin que se hubiese logrado ahuyentarlos.

A la mañana siguiente volvió á empeñarse con nuevo vigor la batalla, en toda la línea que cubrían las fuerzas